

C U E N T I S T A S J O V E N E S

de

M E X I C O

Por Emmanuel CARBALLO

ACABA de aparecer en las Ediciones Libro-Mex, *Cuentistas mexicanos modernos*.¹ “Los cuentistas incluídos —dije en el prólogo— seleccionaron sus propios textos, que son, casi todos, inéditos o no coleccionados. En vez de las ociosas notas previas del antólogo sobre sus aciertos o defectos, cada uno de ellos respondió a dos preguntas: ¿Por qué escribo? y ¿para quién escribo? Las respuestas, serias o humorísticas, comprometedoras o evasivas, profundas o superficiales fijan, de cualquier manera, la posición de cada cuentista como hombre y como escritor”.

Los cuentistas seleccionados son veinticuatro: Juan Rulfo (1918), Juan José Arreola (1918), Alfonso Toral Moreno (1914), Armando Olivares (1915), Edmundo Valadés (1915), Gastón García Cantú (1917), Guadalupe Dueñas (1918), Eugenio Trueba (1921), Jorge López Paez (1922), Ricardo Garibay (1923), Enrique González Casanova (1924), Sergio Magaña (1924), Emilio Carballido (1925), Carmen Rosenzweig (1925), Enrique Alatorre Chávez (1926), Carlos Valdés (1928), Antonio Souza (1928), Manuel Michel (1928), Carlos Fuentes (1929), Alfredo Leal Cortés (1931), Tomás Mojarro (1932), Elena Poniatowska (1933), José de la Colina (1934) y Hugo Padilla (1935).

El actual cuento mexicano parte, según mi opinión, de Juan José Arreola y Juan Rulfo. El primero representa la tendencia fantástica; el segundo, la realista. Por supuesto que existen cuentistas que siguen una trayectoria más o menos personal; por supuesto, también, que ninguno de ellos ha aportado a la ficción mexicana nuevos procedimientos estilísticos. Son Arreola y Rulfo los que han aclimatado entre nosotros actuales *maneras* de estructurar cuentos. De manera tácita o expresa varios jóvenes les son deudores: unos los imitan; otros utilizan técnicas que ellos emplean. (Se pueden señalar los casos de algunos de ellos a quienes Arreola y Rulfo ayudaron a encontrarse. Tomás Mojarro y Hugo Padilla, por ejemplo, deben a Rulfo el descubrimiento de su voz; Eu-

genio Trueba y Carlos Valdés están en parecida situación respecto a Arreola).

Los que practican la tendencia fantástica no son por eso menos reales que los inscritos en la corriente realista. La realidad que describen no es una realidad de *circunstancias*, de *lugar común*; es una realidad *probable*, *profunda*. En sus textos todo es verdad, menos el texto en conjunto. Son escrupulosos en la fidelidad del detalle, despreocupados en la veracidad total de la anécdota. Le dan al lector “gato por liebre”: hechos increíbles como creíbles y viceversa. El lector, a la postre, no distingue lo real de lo ficticio: todo para él es *probable*. Lo desprenden de su mundo y lo instalan en *otro* maravilloso e ilógico en apariencia. Su realidad es, pues, de esencias y no de circunstancias.

Aquellos cuentistas que siguen la tendencia tradicionalmente realista se preocupan por presentar “hechos”, por insertarlos en una secuela temporal. Aluden directamente a la vida, no la encaran mediante símbolos. La realidad que presentan es evidente, más o menos comprobable. Sus textos, al ser “una selección de la vida”, pueden ayudar a reformar la *circunstancia* en que fueron escritos. Son, en oposición a los fantásticos, textos optimistas, por más cruel que sea la realidad que describan. (Los escritores fantásticos sienten una oposición irreductible entre *sus* fines y *los* fines de la sociedad a que pertenecen. Al no abrigar esperanzas de reformarla, rompen con ella, la someten al ridículo, violentamente la condenan. Sus obras son pesimistas).

En esta antología coexisten dos tipos de cuentos realistas: el ingenuo y el malicioso. “El pretexto” de Edmundo Vala-

dés es un ejemplo del primero; “Instantáneas de la muerte y de la espera” de Ricardo Garibay es una muestra del segundo. Aquel tipo es lineal: ocurrió esto y luego lo otro y lo de más allá. Primero la *presentación*, después el *clímax* y, por último, el *desenlace*. Este tipo es artificioso, tanto en el uso del tiempo como en el del espacio. Temporalmente rompe con la tradición: puede empezar *in media res*, por el final, o indistintamente contar hacia atrás o hacia adelante. Espacialmente es, asimismo, innovador: mientras *aquí* ocurre esto, *allá* sucede lo otro. El cuento realista ingenuo es una prolongación anacrónica de la narrativa del siglo XIX; el realista malicioso —pienso especialmente en la obra de Rulfo—, un producto de nuestra época.

Los cuentos fantásticos que ofrece esta antología pueden catalogarse así: verdaderos y apócrifos. Los unos, si bien renuncian al mundo circunstancial, crean, en cambio, otro mundo capaz de ser analizado desde cualquier punto de vista, un mundo distinto al que habitamos pero que, como el nuestro, posee una historia y una geografía. Los otros ofrecen meras piruetas mentales sin ninguna trascendencia. Ocurren éstas en el vacío y sus protagonistas son abstracciones en vez de personas. Quien lea “El guardaguja” de Juan José Arreola habrá leído un *verdadero* cuento fantástico; en cambio, quien lea “Uxor” de Alfonso Toral Moreno se dará cuenta de que es un cuento *apócrifo*.

Con el desfado propio de la edad, los cuentistas hablan sin rubor de ellos mismos, de lo que piensan, de lo que han hecho en el campo de su especialidad. Algunos dicen que escriben para alcanzar, nada menos, que la inmortalidad; otros, más taimados, que para servir a su pueblo. La otra pregunta, ¿por qué escribe?, la contestan casi todos de la misma manera: por necesidad. Uno que otro dice que lo hace por vanidad. La respuesta más auténtica es la de López Paez: escribe para perder su tiempo. En su caso, indudablemente, están muchos.

Como toda antología, ésta tiene sus buenos y sus malos, sus pésimos momentos. Más que una antología estricta, es una antología generosa: con las personas que empiezan a escribir sólo se puede ser generoso. El tiempo dará a cada una de ellas el lugar que merece.



Juan Rulfo



Carlos Fuentes



Carlos Valdés



Juan José Arreola

¹ EMMANUEL CARBALLO, *Cuentistas mexicanos modernos*. (2 tomos). Biblioteca Mínima Mexicana, 26 y 27. Ediciones Libro-Mex. México, 1956. xxxiv + 290 pp.